

FELIPE SALIDO

Don Felipe Salido tenía porte militar; pero había renunciado al ejército cuando llegó a dirigir el colegio de Sonora. Le gustaba dar ejercicios militares; pero también le placia enseñar Matemáticas, Geografía, Lengua Nacional y Francés. Fue un gran maestro de enseñanza primaria y superior y supo dirigir colegios, en Alamos y Hermosillo.

Con ser tan respetable y admirado, don Felipe tenía un temperamento suave y era accesible a sus alumnos. Su gran obra trascendió y se le recuerda en Sonora con cariño y gratitud.

No hace muchos días, sorpresivamente, murió Pancho Salido. Hasta su última morada, en el viejo cementerio de La Piedad, lo llevamos a que descansara cerca de su hijo. De aquel muchacho que en pleno triunfo, cuando todo parecía sonreírle, sucumbió lejos de la patria, en Sudamérica. Desde que su hijo se marchó del mundo, Pancho Salido fue otro hombre. No reía ya como antes. No era ya ni bromista ni decidor. Parecía que un manto de tristeza lo arropaba. Se acabaron sus observaciones agudas y sus opiniones atrevidas. No fue ya el filósofo de otros tiempos, que causaba asombros por su manera peculiar de ver la vida y la forma en que desmenuzaba los hechos para interpretar el giro de los acontecimientos. Pancho Salido tenía pocos, pero grandes amigos. Sabía cultivarlos y poseía un concepto claro de la amistad. Hombre inteligente y con bastante cultura, Pancho Salido había llegado a disfrutar de los bienes materiales y de las satisfacciones que al espíritu ofrecen las artes y las lecturas de los libros fundamentales. En todo esto pensábamos cuando llevamos a Pancho hasta su última morada, una tarde estival en que brillaba el Sol; un Sol viviente sobre una tumba fría. Al dejar el cementerio, se me prendió el recuerdo del padre de Pancho Salido y desde entonces he venido dando vueltas en la imaginación, a tantas memo-

rias gratas que conservo del eminentе educador sonorense que fue don Felipe Salido.

A principios de este siglo llegó a Hermosillo el ingeniero Felipe Salido, acompañado de cerca de un centenar de muchachos que estudiaban en su escuela de Alamos. Don Felipe acababa de ser contratado como director del colegio de Sonora y llevaba a él, en calidad de internos, a sus alumnos de la colonial y vetusta Alamos. Para hacer honor a su origen, pues era capitán de ingenieros surgido del famoso Colegio Militar, a don Felipe le gustaban las formaciones. Con frecuencia nos hacía desfilar por la ciudad, y para salir del colegio, con robusta voz de mando, nos ordenaba: —Fila de la derecha, por el flanco derecho; fila de la izquierda, por el flanco izquierdo... ¡marchen!

*
* *

El ingeniero Salido era un competente profesor, por vocación. Tenía facilidad para explicar sus lecciones y atraía e interesaba a sus discípulos en todas las materias que enseñaba. Era fuerte en matemáticas, geografía, historia, ciencias naturales, cosmografía, francés y lenguaje. Gustaba leer en voz alta, voz grave de mando, los textos que en el colegio ponían a nuestra disposición. Añoro un “Libro preparatorio de lectura corriente”, de M. Guyau, traducido del francés, que don Felipe nos leía con entusiasmo: “Ernesto ponía el mayor ardor en todo lo que emprendía; pero se desalentaba a la primera dificultad. Un día encontró a su hermano Esteban en el jardín, plantando retoños de hiedra al pie de una vieja pared, y al mismo tiempo que plantaba, decía:

—“Esta pared estará mucho más bonita cuando esté cubierta de hiedra.

—“Si esperas, hermano mío, a que esos trozos de hiedra cubran la pared, paciencia necesitas. En tu lugar yo sembraría capuchinas.

“Al rebatir a Ernesto, su hermano Esteban le hizo esta oportuna observación: —Porque si las capuchinas nacen pronto, mueren también pronto”.

Tan sencilla anécdota nos traía una serie de enseñanzas, que en lo íntimo nos producían satisfacción y deleite.

Durante más de diez años don Felipe Salido fue el director del colegio de Sonora, en una época en que allí se empollaban los fu-

turos gallos de pelea de la Revolución. De ese colegio surgieron muchos generales y hombres de prestigio, que engrosaron las filas de los luchadores por la transformación social de México. Para no incurrir en omisiones desistí de presentar una lista de los jefes egresados del colegio de Sonora, al precipitarse los acontecimientos a partir de 1910. Dichoso el hombre que, como don Felipe, puede dejar a la posteridad una obra imperecedera. En su tiempo sólo hubo otros dos educadores de su talla: José Lafontaine, el director de la escuela de Ures, y Fernando Dvorack, prestigiado maestro de Guaymas. En menor escala, pero también dejando huellas imborrables, estuvieron Ignacio Covarrubias, en Nogales; José Carmelo, en Caborca; e Ignacio Hernández, en Cananea. Una escuela secundaria del mineral, ostenta el nombre del profesor Hernández.

*
* * *

He de detenerme un poco más, con el recuerdo de quien me enseñó las primeras letras, en mi pueblito nativo: San Miguel de Horcasitas. Don Ignacio Hernández era el director de la escuela de San Miguel, cuando inicié mis estudios. Lo recuerdo flaco, con un cuidado bigotillo, metido en un traje de fino paño y calzando unos zapatos puntiagudos, bien lustrados. Provenía del interior de la República, quizás de Jalisco, de donde fue también el maestro Agraz y Rojas. Mi escuela era muy humilde, pero el profesor Hernández la dio a conocer por el adelanto de sus alumnos. Era muy afecto a celebrar reuniones por la noche, en el salón de clases más grande, donde nos hacía recitar versos sencillos y fábulas de Iriarte y de Samaniego. Nos obligaba a mal hilvanar unas cuantas frases incorrectas, para enseñarnos a no temer al auditorio. En aquellas veladas de incipiente cultura, aprendimos de memoria poesías de Rosas Moreno y de Guillermo Prieto y hasta oímos hablar de Manuel Acuña. Desde entonces he retenido en la memoria “La flor y la nube”, “La avutarda” y “La carambola”; y se me grabó el nombre teutón de un poeta español: Hartzenbusch.

¡Qué distinta la enseñanza primaria del colegio de Sonora a la que se hace en la actualidad! Como no teníamos en Hermosillo ni Preparatoria ni Instituto Científico y Literario, como en otras capitales de provincia, en los años quinto y sexto de aquel colegio a la antigua, nos daban materias que correspondían cuando menos a estudios preparatorios. Estudiábamos inglés y francés, taquigrafía y

teneduría de libros y eran grandes y difíciles los textos de enseñanza científica: *Algebra y Trigonometría*, de Manuel María Contreras; *Geografía Universal*, de Miguel E. Schultz; *Física y Química*, de Langlebert; *Botánica y Zoología* traducidas del francés; y otras muchas asignaturas que ni antes ni ahora se podían considerar de enseñanza primaria superior. Cuando vine a la Escuela de Agricultura de San Jacinto, me revalidaron algunas materias cursadas en el viejo colegio de Sonora.

*
* * *

Don Felipe Salido dejó sus labores docentes para dedicarse a trabajos de construcción, como contratista. Entre otras obras que dejó, incluyendo algunas escuelas, se halla el Palacio Federal de Hermosillo, que cumplió ya sus bodas de oro. Don Felipe estuvo muy relacionado con los hombres del antiguo régimen, el porfirista; pero nunca fue considerado entre los favoritos del triunvirato que dominaba en Sonora. El señor Salido fue un hombre digno, que cuidaba de sostenerse limpio. Su conducta fue ejemplar y nunca transigió con las situaciones ambiguas. Su manera de ser correspondía a la del hombre erguido, quien con la cabeza en alto y la mirada al frente, se encontró en la dirección del colegio o por las calles de Hermosillo, cuando las recorría con su paso marcial. Don Felipe era respetado y querido cuando estaba en su cátedra, o cuando se presentaba en cualquier lugar público.

Al triunfar la Revolución, el señor Salido tuvo un apoyo no solicitado del general Obregón, quien era su pariente y admirador. Se le guardaron grandes consideraciones por los amigos y colaboradores del divisionario sonorense, y el señor Salido llegó a ser senador.